

El escritor que no imaginaba serlo y ahora no haberlo sido



J. DE MIGUEL

ALBERTO MARTÍN

Manuel de Lope (Burgos, 1949) es un autor que goza de gran prestigio entre lectores, editores y críticos. Sin embargo, el conocimiento que de él tiene el gran público es más bien limitado. La causa quizá sea su escasa, o casi nula, presencia no sólo en los medios de comunicación, sino incluso en conferencias o tertulias literarias. De Lope vive por y para la literatura, y prefiere dedicar su tiempo a estudiar los orígenes de palabras que están quedando en desuso o por qué ciertos nombres de personas son más utilizados en unas épocas que en otras, que en “dedicarse a cosas que no son de escritor”.

La presencia, por tanto, de Manuel de Lope en el ciclo “Escritores en la biblioteca”, de Foro Complutense, el pasado 15 de marzo fue una magnífica oportunidad para conocer mejor al autor de títulos como *Albertina en el país de los garamantes* (1978),

Manuel de Lope vive con plenitud su vida de escritor, lejos de “las cosas que no son de escritor”

Madrid continental (1987), *Bella en las tinieblas* (1997) o su recién publicada *Azul sobre azul*. Junto a él se sentó el periodista José María Calleja, gran admirador, en sus propias palabras, del autor burgalés. Ambos protagonizaron una fluida conversación en la que hablaron algo, bastante poco, del nuevo libro de De Lope, y mucho sobre los porqués de su vida.

De *Azul sobre azul* quedó claro que no se trata de una novela al uso, sino un libro de memorias que el autor al finalizar quiso convertirlas en póstumas, ya que el resultado final pensó

que le desnudaba demasiado ante los demás, pero que ante la insistencia de su editor, el hiperactivo Juan Cruz, finalmente ha consentido que vea la luz.

De la vida y los pensamientos de De Lope sí se pudo saber mucho más. En primer lugar que en su juventud nunca pensó en convertirse en escritor, que sí hoy lo es se lo deben sus lectores a Carlos Barral, el editor barcelonés que recibió por correo su *Albertina* y decidió publicarla. Y que tras tantos años ya dedicado “en plenitud” a la literatura, no imagina que hubiera sido de él en el caso de que Barral no le hubiera telefoneado. Quizá hubiera sido ingeniero, ya que estudió para ello, o quizá hubiera pasado por la arena política (sus ideas le mandaron de forzoso exilio a Francia), pero hoy no encuentra nada más pleno como pasear solo por los fríos campos burgaleses acompañado de una libreta.